

LA EVOLUCIÓN PSICOLÓGICA DEL ADOLESCENTE

Por FRANCISCO SECADAS

Investigador Científico del C.S.I.C.

La adolescencia es problema para los muchachos y para los padres, para los educandos y para los educadores, para los ciudadanos y para el gobierno; y en general, para cuantos tienen alguna preocupación porque la sociedad consiga sus fines. Quien más sufre, sin embargo, por causa de la turbulencia juvenil no son los mayores, sino los jóvenes mismos.

Un primer intento de clarificar el problema invita a distinguir dos aspectos en el planteamiento:

Primero, conocer el proceso: cómo evoluciona la adolescencia, cómo se produce el fenómeno, cómo discurre ese difícil período de transformación ¹.

Segundo, qué criterios podemos adoptar, como consecuencia de este conocimiento, para un trato oportuno de la juventud; lo cual no equivale a preguntar cómo podríamos liberarnos del enojo que nos causan sus problemas en cuanto padres, y su inquietud en cuanto ciudadanos.

Al referirnos a períodos de edad, consideramos:

La pubertad desde los 11 a los 13 años aproximadamente.

La adolescencia, de 14 a 16.

La mocedad o primera juventud, de 17 a 20.

Y la juventud propiamente tal, de 21 a 25 más o menos.

¹ Para una visión de la problemática del adolescente y del joven puede consultarse: SECADAS, F., *La problemática adolescente y juvenil*. "Revista de la juventud", núm. 27, 1970.

Las edades contempladas en el presente estudio se extienden focalmente entre los 13 y 20 años; por tanto, abarcan prácticamente la adolescencia y la juventud. Vamos a considerar este período como una unidad dinámica y prolongada en el tiempo, un proceso en el que se pueden distinguir *tres ejes de evolución*:

Uno de ellos es el que podríamos denominar *sexual*.

Otro es el de *incorporación social*.

Y el tercero, de naturaleza *mental, intelectual y axiológica*, dice relación con el modo de pensar, con la moral, y con la estimación de valores.

Puede representarse la estructura tridimensional resultante por un esquema de tres ejes perpendiculares entre sí: un eje de abajo arriba, otro horizontal que le cruza, y un tercer eje perpendicular al plano en profundidad, de adelante hacia atrás. Para lograr un conocimiento del proceso evolutivo de la juventud, haremos el recorrido de cada uno de estos tres vectores.

I. EVOLUCIÓN SEXUAL

Comencemos arbitrariamente por el aspecto sexual, como primero de los ejes. Tal vez la elección no sea arbitraria sino impuesta por la naturaleza, como base orgánica del proceso.

Todo el mundo conoce el tema, pero cada cual lo entiende a su manera. Apenas nadie abarca todas sus facetas: cada uno lo contempla a través de su cristal, y lo entiende en un sentido que, por ser fragmentario, puede no coincidir con la idea de otro. Lo más oscuro del asunto proviene de que parece evidente, y de que siempre se tiene alguna parte de razón, por tratarse de un dato de experiencia personal. De ahí que pre-existan actitudes, favorables o contrarias, al problema como tal.

¿Qué podemos decir de las manifestaciones que se van sucediendo a lo largo de la edad, desde la pubertad hasta los 20 años, en punto a la evolución del comportamiento *sexual*?

1.1. *Irrupción hormonal*

En la pubertad, hacia los once años, tiene su primera manifestación en forma de *irrupción hormonal*, de secreción endocrina masiva y por sorpresa, que invade el cuerpo. Por otra parte, frente al sistema nervioso central, que es el coordinador de las impresiones, se moviliza el vegetativo o autónomo, que no está controlado a voluntad, sino que responde a incentivos orgánicos y orgánicamente. Pero éste es un sector importante del sistema nervioso, y a él se debe el funcionamiento del corazón, la asimilación de los alimentos, toda la gama de impulsos vitales, y la vida misma.

Siendo parte tan importante del sistema nervioso, su brusco despertar ha de producir un desquiciamiento de los hábitos y algo así como un cataclismo psicológico.

Quizá el factor básico sea la aparición de la secreción gonadal y del prurito erógeno difuso. El chico siente una serie de inquietudes no bien localizadas. La misma borrosidad extiende el interés a zonas contiguas y hace al chico grosero y, a menudo, procaz. El instinto, por lo pronto, lo impulsa a acciones masivas, en manada, con los de su propio sexo; y al principio, a apartarse del sexo contrario, hasta que no logra una concentración de esos impulsos en torno a los órganos que les son propios. Entonces se podrá llamar sexual con propiedad. Pero eso no ocurre, desde luego, antes de los 13 años. A esta edad comienza el adolescente a liberarse de la presión avasalladora de la libido.

1.2. *Iniciación*

Llamaremos de *iniciación sexual* a la segunda fase. Podíamos decir de ensayo y error, o de aprendizaje por tanteo, como se suele designar en Psicología. Pero tales términos se prestan a interpretaciones equívocas, aplicados a este asunto particular.

Aprendizaje por tanteo alude al hecho de que, como dice Séneca, nadie aprende sin errar. Al sentir esos impulsos y al empezar a localizarlos, poco a poco se originan tímidos atisbos de aproximación al otro sexo: provocación, conversación, coquetería inicial, no la auténtica todavía. La "iniciación" alude a ensayos sin compromiso, comparables al rapaz que pulsa el timbre y echa a correr "para ver cómo funciona", pero una vez que desencadena la reacción, se aparta, no la afronta, porque no va con él todavía. Esa iniciación no sólo se produce en lo sexual, sino en relación con toda la vida seria. Es un ensayo lúdico de formas de comportamiento adulto. El muchacho, por ejemplo, desea ganar unos cuartos vendiendo periódicos, pero no se quiere someter a un horario; y ahí reside la raíz de muchos conflictos que se producen en los que se colocan prematuramente: causan problemas en el lugar de trabajo, porque los mayores convierten en actividad seria lo que, por su parte, no es más que un período de iniciación, un ensayo sin riesgo.

La iniciación produce una dispersión de reacciones. Es un primer intento de responder en forma casi adecuada, aunque inmadura. Los chicos ya salen a hurtadillas con alguna chica, presumen quizá de que tienen novia; y si no, sueñan con la muchacha ideal y ensayan en la fantasía. Son atisbos. Hay que tener en cuenta que hasta una edad —en torno a los 13 ó 14 años— la hormona propia del varón, los andrógenos, está presente en una cantidad aproximadamente igual en las chicas y en los chicos. Los sexos no se diferencian suficientemente por la cantidad relativa de andrógenos, sino que al aparecer los estrógenos, en unas chicas antes y en otras más tarde, se acentúan los caracteres femeninos que reducen y contrapesan los efectos de los andrógenos. Entonces se empiezan a diferenciar realmente. El proceso requiere sosiego; es un período en que se hace conveniente —y ellos lo piden— una separación de sexos.

1.3. *Problema sexual*

Naturalmente, esta fase conduce a otro posterior, de *interiorización* del problema. Las muchachas se percatan de una serie de vivencias y de urgencias interiores que no dominan, y que les hace diferentes de los muchachos, hacia los cuales sienten tendencias ambivalentes: aproximación, por un lado, y repugnancia, por otro. Y viceversa en el sexo opuesto. Y todo ello, enconado por el conflicto con una serie de principios que han ido asimilando, morales, religiosos, disciplinarios, de costumbres que observan y de reacciones que ven en el exterior, les fuerza a replegarse a su interior y desencadena la crisis, el auténtico *problema sexual*.

Supuesto el origen orgánico, se dan primero ciertas manifestaciones erráticas del instinto. Ellas entran en conflicto con la organización personal previa y con el sistema de valores y conveniencias del entorno.

Por otra parte, hay un bloqueo de las pistas del desarrollo consciente. Los sistemas nerviosos central y vegetativo entran en colisión, y hay que fusionarlos en una personalidad armónica. El proceso es lento y los ensayos habrán de ser vacilantes y tímidos al principio. De ahí la iniciación del adolescente y los entretenimientos sexualizados.

Normalmente acaba imponiéndose el joven. De no ser así, quedará estacionario, presa de los vaivenes de esa edad. Desafortunadamente el ambiente, tanto social como ideológico como de aceptación familiar, no suele ser propicio. En consecuencia, el chico se tiene que debatir en soledad y desamparo. Por esto la lucha del joven es tan ardua, y por eso sufre o "adolece".

1.4. *Diversiones sexualizadas*

Se adoptan, en consecuencia de lo anterior, formas coherentes, como es la diversión, el baile, etc. Hasta que, por

fin, se incorpora el impulso orgánico, ya adecentado, al sistema de valores y a los proyectos integrales de vida.

Poco a poco va dominando al instinto, o al menos sublimándolo. Al conseguirlo, o para conseguirlo quizá, cuando está a punto de vencer la curva de la inestabilidad, siente afición por el baile, apetece *diversiones sexualizadas*, se manifiesta la *coquetería* en las chicas, y una especie de *exhibicionismo* de papagayo en el muchacho.

En torno a los 15 años, los mecanismos de transición insinúan un propósito encubierto y acaso subconsciente de producir impacto y provocar reacciones de aceptación de su personalidad íntima, en lo cual no es ajeno el móvil de aproximación —y acaso, de fascinación— sexual.

Las habilidades, por ejemplo, tienen un objetivo en sí, que es el deporte, pero adventiciamente contemplan como de reojo otro objetivo: la admiración y el atractivo ejercido sobre el sexo opuesto. En este sentido, el coqueteo es, como dice O'Rell, "una atención sin intención": una aproximación.

El baile, por otra parte, si está bien localizado, es decir, ni excesivamente anticipado ni prolongado con abuso, sino que aparece cuando el muchacho siente gusto por él, hace la función que corresponde al juego, de sedimentar los factores retardatorios del desarrollo psíquico, anticipando otros progresivos y de adaptación. Entre los agentes transformadores o impulsores del avance en la adolescencia —como lo es el juego en la niñez— casi siempre se encuentra algún factor sexual. Y en determinadas edades, el baile se sitúa dentro del proceso de maduración sexual, donde antes se situaba el juego, porque es una vía facilitadora de la sedimentación sexual. La música, el clima, la conversación —los adolescentes hablan mucho al bailar—, el ambiente de tolerancia y la aceptación por parte de la sociedad, convierten el baile en un factor asimilador de la agitación sexual. Es interesante, porque en nuestra sociedad ha habido gran animadversión por el baile; y ahora resulta que una interpretación oportuna y auténtica fuerza a recono-

cerle un alto valor adaptativo. Algo semejante podría opinarse de la playa y de otras formas sexualizadas de entretenimiento.

1.5. *Estabilidad sexual*

La última fase, de *estabilidad sexual*, se puede situar en torno a los 17 años; lo más, a los 18, por vía normal. Después de esa edad, los muchachos deberían estar encauzados tocante al problema sexual. Estar encauzado sugiere que el trato multitudinario se ha ido reduciendo, y ya van buscando la pareja que les conviene; el "polleo" se transfigura en búsqueda del complemento personal. La emoción generalizada abre la personalidad entera del joven a la compenetración profunda. El amor genuino cuaja en identidad de proyectos. Para algunos autores, "el varón no es el hombre, y la mujer tampoco; la mujer y el varón componen *el hombre*". El fin de la humanidad, y del individuo, es realizar *el hombre*. Naturalmente, luego viene la progenie, que es el fruto *humano*.

La última consecuencia de todo este proceso evolutivo es que la liberación no sólo supone mayor tranquilidad y una menor inquietud en el terreno sexual, sino que, además, al aquietar estos impulsos y al coordinarlos con la vida racional, se siente liberado el pensamiento y se reactiva el empleo de la inteligencia; la cual vuelve a mirar al horizonte, persigue nuevos proyectos, acepta un destino, busca una colocación y elige un estado. La madurez sexual sería como condición de la racionalidad lograda.

2. EVOLUCIÓN SOCIAL

Concebíamos el segundo de los ejes como evolución social. También tiene su comienzo en la pubertad. El muchacho, justamente en torno a la edad en que se produce la explosión genital, siente una tendencia incoercible a salir al mundo ex-

terior, a seguir a la manada, a huir del hogar para buscar la agregación a la masa. Probablemente, la tendencia al nomadismo gregario es de origen endocrino y sexual. El muchacho esquivo a la muchacha y se agrega a otros muchachos, por una misma razón, propia de su sexo orgánico.

Haremos primeramente una alusión general al tema, de carácter introductorio, valiéndonos de dos figuras resultantes de un análisis psicológico de las tendencias asociativas de la juventud².

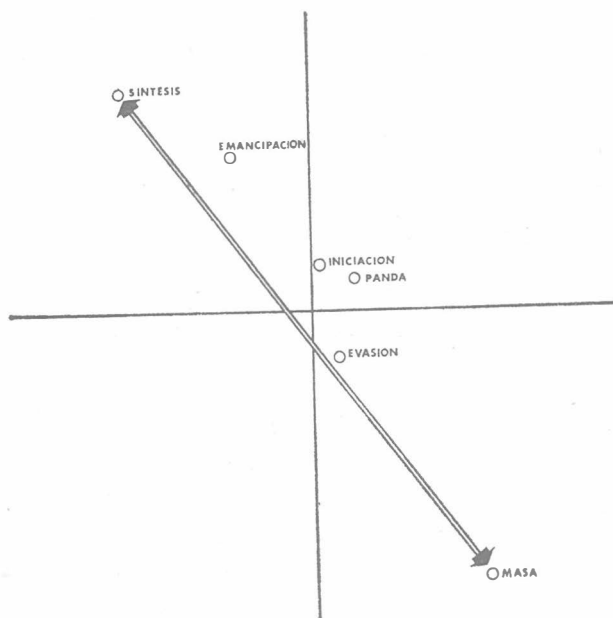


FIG. 1.

La primera figura ofrece una visión general de la evolución (fig. 1). Expresa, como condensación del curso evolutivo, un carácter bipolar, insinuando que la dinámica de este proceso

² SECADAS, F., "Fundamentos psicológicos del asociacionismo juvenil", Revista de la Juventud, núms. 24 y 25, Madrid, 1969.

se realiza en forma de distanciamiento respecto al *comportamiento masivo* propio de la pubertad, y en el sentido de la *emancipación* y de una *síntesis* congruente de la personalidad, enriquecida a través de la experiencia social. El comportamiento de la *masa* es diametralmente opuesto al sentido positivo de la evolución social. Mucho más que la *evasión*, la cual, mantenida en sus debidos términos, puede considerarse como un momento expansivo natural e indispensable del proceso.

La posición intermedia de la *panda* y de la *iniciación*, en el sentido en que se describirán luego, asigna funciones cardinales a ambos tipos de comportamiento, como factores de transición. Por una parte, prenuncian la emancipación y la cooperatividad social. Por otra, contribuyen a eliminar y superar las formas primitivas de agregación, como consecuencia de la iniciativa personal y de la liberación respecto al comportamiento multitudinario.

En la segunda figura se resume el proceso mismo de la evolución, desde la pubertad al término de la juventud (fig. 2). La proyección cartesiana es fruto real y objetivo del análisis de las características del desarrollo en cada edad. Las mismas etapas de Pubertad, Adolescencia, Mocedad y Juventud ocupan el lugar que les corresponde en la proyección gráfica.

El campo cartesiano está determinado por dos ejes:

El eje de abscisas representa la tendencia a la *aglomeración* o *agregación masiva*. En líneas generales, la proyección de cada punto sobre este eje de abscisas nos da idea de la dosis proporcional de contenido colectivo que la variable encierra. Así, la *panda*, que hace el número (7), contiene mayor dosis de conducta masiva que el *compañerismo* (8), que el *sexo* (11) y, desde luego, que el *relieve personal* (9) y que la *emancipación* (16) y *autonomía* (17). Por eso, el *gregarismo* (3) muestra una proyección mayor sobre el eje que el *gamberrismo* (20). En nuestra manera de entenderlo, la tendencia a la AGREGACIÓN tendría por contraria la INSOLIDARIEDAD o inclinación opuesta a la cohesión social.

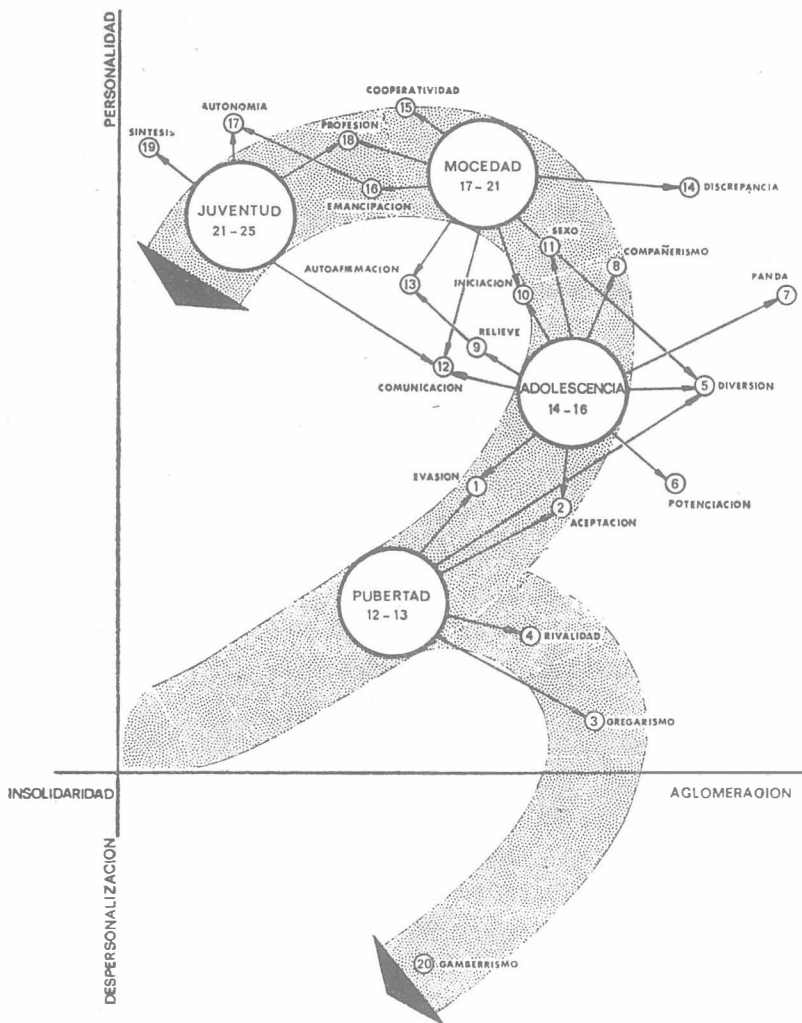


FIG. 2.

El eje de ordenadas parece implicar un proceso de integración de la PERSONALIDAD. A medida que se asciende en el diagrama, se implica mayor organización de las experiencias en orden a constituir una personalidad integrada, armónica y congruente. Como es obvio, tratándose de factores asociativos, esta integración no se logra sin resolver la convivencia. De ahí que sea una síntesis de lo que conviene a la perfección personal, y de lo que reclama la sociedad en beneficio del bien común.

El equilibrio supone un desarrollo mental, y depende, como es natural, de la complejidad de la vida comunitaria. El extremo opuesto, en el terreno negativo de las ordenadas, es la DESPERSONALIZACIÓN o desintegración de la armonía personal en sus elementos.

El curso de la evolución adopta la apariencia de una composición de fuerzas. En cada etapa viene definido por el equilibrio de tensiones entre la tendencia asociativa y la integración personal.

En la *pubertad*, puede afirmarse que hay una mayor tendencia hacia el contacto espontáneo en un ambiente más masivo que personal. El coseno o proyección del punto "Pubertad" sobre el eje de abscisas es mayor que sobre el eje de ordenadas. Hay mayor impulso hacia la asociación que hacia la elaboración personal de la experiencia.

En la *adolescencia* se produce un giro hacia el equilibrio de fuerzas. Se registra una vuelta desde la pura masividad hacia la interioridad personal. Pese a todo, es más lo logrado en el orden del contacto colectivo (proyección sobre el eje de abscisas) que lo adquirido en el de la formalidad (proyección sobre la ordenada).

En la *mocedad* o primera juventud las cosas toman otro sesgo. En lo asociativo, la curva invierte su sentido. La tendencia a la masificación es mucho más tenue. En cambio, alcanza su apogeo la preocupación por la elaboración armónica de las vivencias personales y de las adquisiciones en el orden cultural, social y humano; valga decir: ético, religioso y de

los valores en general. La preocupación de la juventud por este orden no es de hoy, sino de siempre. Es un fenómeno conatural.

La *juventud* propiamente dicha, entendiendo por tal las edades de veinte a veinticinco años, acusa, además, análogo repliegue en el orden axiológico. El grupo se reduce de dimensión y se organiza en torno a una finalidad más concreta. La elaboración, una vez conseguida, da pie para la estabilización de hábitos; la vuelta a la intimidad deja de ser puramente personal, para hacerse de otro modo comunitaria y colectiva en la familia. El individuo se asienta, se integra, y organiza su vida en comunidad.

Podemos ya jalonar las fases del desarrollo social en torno a un corto número de comportamientos típicos. Si se desea mayor detalle, puede consultarse el trabajo citado.

2.1. *Expansión gregaria*

“La pertenencia al grupo, como en el caso de la oveja y el rebaño, es un vínculo motivante de la adhesión. Se adoptan distintivos, señales, normas de grupo, determinada jerga y otros convencionalismos que satisfacen en el individuo la necesidad de pura pertenencia, le someten a un líder y, en definitiva, trasladan la situación de dependencia desde la familia a la colectividad.”

En este fenómeno también intervienen factores de inteligencia. El niño pequeñito no puede salirse de casa, por muchas y obvias razones. Se perdería. Pero fuera de esto, que es muy comprensible, la inteligencia infantil no abarca más allá de unos pocos estímulos. El ámbito hogareño todavía es muy amplio y complejo para él; el número de personas que puede conocer y combinar no pasa de las que encuentra en el seno de la familia. A los 9 ó 10 años ya va dominando un número mayor; pero a los 11 y 12 se asoma al número grande, tiende a la incorporación, le gusta llevar insignias, le atraen las

asociaciones que ostentan uniforme, pertenece a unos equipos y va contra otros, etc.

2.2. *Evasión*

Es el número, también, es la necesidad de dar ocupación a esa inteligencia que ya maneja más elementos, la que le empuja hacia la sociedad. Allí se comporta al principio como un número de la masa; los grupos son masivos. La evasión se produce en forma agresiva. Se critican las cosas de la familia, se protesta, se rezonga. Cuando la escapatoria es ardua o imposible, se compensa en la fantasía. A veces, la fuga del hogar es real, sobre todo en casos de conflicto grave o de miedo a un rigor excesivo. De todas formas, la tendencia gregaria coincide con cierto impulso, latente o expreso, a la evasión.

2.3. *La Panda*

La forma espontánea de agregación del preadolescente es indiferenciada, compuesta de elementos homogéneos. Gregario viene de *grex*, la grey. En la masa todos los componentes se asemejan, como las ovejas se parecen todas; y la unidad primera que se encuentra es el rebaño, que es un agregado. Pronto, al crecer la inteligencia, se van creando nuevas aficiones, nuevos intereses, que polarizan y diferencian núcleos en el seno de la masa; se van asociando en grupos menores y en pandas, sin que este nombre implique aquí sentido peyorativo. Hay bandas, catervas de pillastres ingobernables, que vagan como nubes de langosta sopladas por el viento. Pero la panda a que nos referimos obedece a la tendencia natural a reducir el grupo, diferenciándolo y fragmentándolo a tono con el interés del chico.

2.4. *Amistad y camaradería*

Cada vez va entrando más en la intimidad. Recupera su subjetividad, se individualiza; ya desea ser entendido como tal persona, se granjea amigos, alterna con compañeros y busca en ellos la intimidad, la *comunicación*, la lealtad.

Esa comunicación tiene una finalidad decisiva en la evolución. "Lo que de veras necesita, más que el coloquio, es emitir, verbalizar y formular las propias ideas, enmarañadas y perdidas en el subconsciente. El encuentro y la comunicación representan una oportunidad de catarsis de opiniones, valoraciones, estimaciones y criterios. La juventud necesita este contraste de vivencias." "Un principio de conservación vital en el orden cultural y del espíritu, una necesidad de supervivencia dentro del orden civilizado, le hacen sentir los senderos adecuados. El encuentro con muchachos de su edad le va dando formulados pequeños detalles fragmentarios. Hilvanándolos unos con otros, encuentra la hebra de orientación que necesita. Al nivel de la mocedad, la aproximación al grupo tiene como aliciente el intercambio de comunicación."

2.5. *Relieve y autoafirmación*

Tras la excursión multitudinaria, siente una inquietud por recuperar la propia personalidad. La diversión en grupo puede ser una ocasión propicia. Pero no es la única.

Del magna colectivo se van segregando grupos menores. En aquellos en que está incorporado, pone de relieve su persona ocupando puestos o intensificando el cultivo de ciertas habilidades que le distinguen. Necesita encontrar su yo dentro del grupo: que no se pierda en el anónimo.

"El giro importante consiste en que, contrariamente a la tendencia preadolescente a influir a través del grupo y como grupo, ahora se empeña en influir como persona dentro de él

en expandir su yo psicológico y proyectar la personalidad en el funcionamiento orgánico de la comunidad; y lo que es más importante, en orden a la consecución de los fines comunes. Necesita ser alguien, significar algo, plasmar y configurar la asociación; y puesto que ha de ser orgánicamente, aspira a ocupar puestos directivos y cargos de responsabilidad.”

2.6. *Emancipación*

Finalmente, se despega del aglomerado, discrepa del adulto y se emancipa. La tendencia a salirse de casa representa ya un primer conato de emancipación en la pubertad. Es emancipación, con mayor razón, el hecho de tener afinidad con la panda, hacerse amigos, polarizarse hacia el exterior. Otro paso en el mismo camino lo da al recuperar su individualidad dentro de la masa, y luego dentro de los grupos menores. Más adelante, el joven vuelve otra vez a agruparse, pero compaginando su individualidad con grupos íntimos de personas, que no impliquen merma sino más bien soporte de sus características, como es el hogar; se buscan grupos donde cada cual sea cada cual y armonicen unos con otros. Así se constituyen en células de la sociedad, la familia, las asociaciones, etc.

“El joven de diecisiete a veinte años, en su preparación para las tareas adultas, pone en funcionamiento su capacidad intelectual, lo que le va independizando lentamente de criterios ajenos. De hecho, emplea menos tiempo en casa, acepta el conflicto entre las formas de pensar de la familia y del grupo, adopta decisiones sin consultar con los adultos, y se inclina por propia decisión al elegir profesión.”

“La emancipación sería un paso más en la tendencia al relieve, a ser cada uno auténticamente quien es, a encontrar su propio camino, a pensar y resolver por sí mismo, y a protagonizar los proyectos personales de vida.”

3. EVOLUCIÓN INTELECTUAL

La tercera vía tiene claro trasfondo psicológico. La marcha del desarrollo es inconcebible si no es como progreso en la calidad inteligente de la conducta. El deterioro en el comportamiento implica inmadurez mental o acusa frustración, que en el fondo resulta, casi siempre, de inadecuación de los recursos intelectuales a las exigencias de la situación. El muchacho responde al entorno según su capacidad y con las limitaciones propias de su estadio evolutivo. La forma de pensar de cada etapa determina el tipo de reacción y la eficacia de la respuesta. ¿Cuáles son los hitos principales del pensar adolescente?

3.1. *Mentalidad combinatoria, automatismos*

En el período de comportamiento masivo, junto al impulso que le arrastra hacia la colectividad indiferenciada, hay muestras de disgregación del pensamiento, con tendencia a un tipo de mentalidad o de *inteligencia combinatoria*: hacer algo con las cosas, manipular realidades concretas, que impliquen número, cantidad. La conversación es rodada. Se le escapa lo que dice. Todavía no impera en su mente la necesidad de conceptos cualitativos, que diferencien esto de aquello, que indiquen que esto es mejor que aquello, que esto tiene unas características diferentes de aquello, y que, por tanto, esto debe reunirse bajo un concepto abstracto y lo otro bajo otro concepto abstracto distinto. Las cosas se diferencian por las multitudes, por los grupos o conjuntos que componen; son diferenciaciones concretas, arraigadas en un espacio, configuraciones y combinaciones que, por esto mismo, se compaginan bien con su mentalidad gregaria. Si no supera esta mentalidad, tampoco le será fácil liberarse de la masa.

Las consecuencias pueden ser graves. De hecho, esta rutina mental constituye una rémora hacia los 15 años, y puede considerarse típica del gamberrismo.

3.2. *Pensamiento simbólico*

En el estadio siguiente, en torno a los 12-13 años, ya se produce esta necesidad de poner un sello, una palabra o un concepto, a las elaboraciones resultantes de la combinatoria, elevándolas al mundo de la significación y sometiénolas al rigor de una mínima congruencia interna.

En el estadio simbólico de la inteligencia ya no va derechamente a las cosas, sino que las manipula y domina por medio de símbolos.

El primero es de índole verbal. Pero en la fase más avanzada de la adolescencia, en torno a los 15-17 años, no basta ya la palabra, sino que siente la necesidad de ordenación lógica, conceptual, congruente. El simbolismo verbal se torna conceptual. La palabra es peldaño de la idea. Es *término*, pero no porque en ella concluya el proceso de simbolización, sino como término "a quo", origen del concepto; y a través de él, de todo el orden del pensamiento.

Al tratamiento simbólico, que en torno a la edad de 13 años dependía de la simbolización espacial, automática, e incluso del ingenio aplicado a los mecanismos materiales mecánicos, simbolización que representaría la formulación de leyes y la comprensión estabilizada en el ámbito de la formulación verbal, sucede ahora un pensamiento simbólico que trasciende la pura verbalidad, incluso la comprensión verbal, alcanzando el contenido mental significativo y las operaciones lógicas, hasta implicar al propio *razonamiento*. Este es el paso que eleva aquella condición gregaria a la racional, introduciendo diferenciaciones en la inteligencia de las cosas y en sus grupos.

3.3. *Discrepancia*

Al interpretar las cosas a su manera, según su propia experiencia, como él las observa, se producen dos fenómenos:

Uno, que se hace más independiente en su mentalidad.

Y otro, que se produce la discrepancia con los adultos.

“Objetivamente definida, la discrepancia implica, junto a la crítica de los mayores y al conflicto generacional, una selección de estructuras y la presión sobre la sociedad para forzar la implantación de nuevas perspectivas, la fijación de metas más consecuentes con el momento histórico, y la apertura de horizontes más vastos y comprensivos. La discrepancia, en suma, no es sino la faena de derribo que precede a una nueva construcción, aprovechando aquellos factores emergentes del dinamismo social contemporáneo que entrañan trayectoria de futuro.”

Importa considerar que no es la juventud la que aporta nuevos horizontes a la sociedad, sino la realidad actual, en su propia dinámica, la que encierra tensionalmente trayectorias fecundas. Estas orientaciones, son fruto de la dinámica social precedente y, por tanto, de las generaciones anteriores. La juventud realiza un trabajo de elaboración parecido al del aprendizaje de hábitos.

Veámoslo en cualquier suceso trivial de la realidad viva, como al contemplar la televisión en el momento en que proyectan la fotografía del estado meteorológico de la atmósfera, transmitida desde un satélite artificial. Para un adulto, esta situación es el resultado de múltiples y complejíssimos procesos, concurrentes a producir un efecto tan sencillo sobre la pantalla.

•La conexión que existe entre un lanza-cohetes modernísimo y la V-2 alemana de la guerra mundial no “la viven” los jóvenes de hoy. Pero ésta, con todas las demás conexiones, confluyen a que ahora se proyecte aquí, frente a mí, transmitida desde el satélite, una fotografía de las nubes en su avance por la atmósfera.

Se produce una diferencia fundamental. Un muchacho de diez años ve la televisión y la fotografía satelitaria como un punto de partida, como un dato que se le brinda, igual que se encara con una piedra o un árbol. La televisión no representa

para él un efecto gestado a través de vicisitudes, sino un punto de partida para avatares futuros. Lo que encuentra lo da por hecho. Así definía Ortega a la masa: porque acoge los esforzados productos de la técnica como si fueran cosas naturales. Y a un niño no se le puede exigir una mentalidad superior al hombre de la masa. Los productos del ingenio humano durante generaciones de afanoso estudio los acoge apenas cristalizados, como un hecho o un dato. Y este hecho tiene una trayectoria de futuro en sí mismo. Con otros similares, compone estructuras anticipables.

La disposición de futuro es más ingenua y connatural en el joven que en el adulto. Tienen que ir cribando lo útil y dejar en la cuneta lo estéril o poco valioso, aunque con ello produzca dolorosas llagas en el corazón del viejo.

Supuesto que en todas las cosas ocurra lo mismo, la concepción resultante del mundo no puede ser idéntica. Si el muchacho es sensato tiene que discrepar del adulto. Y si éste es sensato, tendrá que conformarse al no coincidir en todo, puesto que los puntos de partida son distintos.

3.4. *Pensamiento ponderativo y coherente*

Cuando la discrepancia es un factor progresivo, cuando representa un paso más en perfección, conduce a un tipo de pensamiento que llaman *pensamiento ponderativo*. Los púberes y adolescentes son tajantes, taxativos, defienden lo que creen que es su verdad. Una de las cualidades de los muchachos en torno a esa edad es la pugnacidad, la polémica.

La pretendida pureza de ideales no es otra cosa, en el fondo, que una trasposición del pensamiento formal o lógico, recién estrenado, al mundo del comportamiento humano y a la dinámica social. Pero la complejidad de estos contenidos hacen inapropiada la forma mental con que se los pretende enjuiciar. La conducta humana podrá ser congruente, pero no lógica; porque, de serlo, puesta una premisa se seguiría el acto.

Afortunadamente, no es así. La conducta humana es libre por ser fruto de ponderación.

Pronto encuentran que no se pueden defender las cosas a ultranza, porque cuando se acumulan muchos factores, el resultado es incierto y no se puede prever con facilidad. Entonces empieza a ponderar el peso que tiene cada elemento para componer una resultante, y sopesa las razones. No decide, sino que medita, piensa; opina, que es pensar con temor de estar equivocado. Ejercita un tipo de pensamiento estimativo, de ponderación, de reflexión, que busca la coherencia de las cosas. El *pensar coherente* es el término de este proceso.

3.5. *Autonomía*

Finalmente, y como coronación, el individuo se hace *autónomo*. Piensa por sí mismo, entiende las cosas a su manera, resuelve con independencia. La evolución adolescente camina de la heteronomía a la autonomía.

Cosa curiosa: una de las cualidades que distinguen a los muchachos y a los jóvenes es el *deseo de saber*, y un interés cultural auténtico; no sólo porque necesitan comprender las razones de lo que les envuelve y les perturba, sino porque para discutir la autoridad de los mayores, el mejor camino es llevarlos al terreno de la realidad de los hechos. Lo que es, es; y si su padre se equivoca, se le puede discutir. Ese mismo argumento es válido contra los profesores, que “ya no saben nada”. Por eso es mejor que el adulto se avenga a una especie de transacción; y sobre todo, que los escuche y que valore lo que dicen. Como escribe San Agustín de su hijo Adeodato, hablando con Dios en sus Confesiones: ...“Aquellos pensamientos y sentencias que pongo allí —en su tratado ‘sobre el Maestro’— en nombre del que introduzco hablando conmigo, todos son verdaderamente de Adeodato, cuando sólo tenía dieciséis años. Otras cosas experimentó en él que eran mucho

más admirables. La perspicacia de su ingenio me tenía asombrado...”.

Definen la autonomía de pensamiento y obra una pléyade de manifestaciones diversas, como la congruencia de acción y pensamiento, la conformación voluntaria a las imposiciones de la convivencia, la actividad intelectual, la capacidad de síntesis conceptual y el pensamiento ponderativo, la anticipación y labra del destino personal, la elección de estado y de ámbito vital —“status”—, la formación profesional, la ocupación, y finalmente la culminación del proceso emancipatorio hasta la plena orientación de la propia existencia.

La culminación del proceso evolutivo se logra a través de una recuperación de la integridad personal, enriquecida por la incorporación a la comunidad y la aspiración hacia nuevos horizontes, compartiendo la existencia social a través de una célula plural e íntima a la vez, y a caballo de proyectos que articulen los ideales con las posibilidades de realización.

Podría considerarse la edad de 18 años como punto de partida de una etapa de responsabilidad, autonomía y eficiencia personal, enriquecida por la cooperatividad e integración comunitaria, que debiera definir socialmente a la juventud como la antesala de la edad adulta.

El despegue traslada los marcos de referencia a otro plano. Se independiza de la infancia como el avión del aeropuerto. De la misma manera que el adolescente no se acuerda de cuando era pequeño y rechaza aquellas experiencias, el adulto se olvida de sus problemas de adolescente, refiriendo sus cuadros de remembranza a partir de la juventud, cuando ya había superado la problemática que le turbó y que acaso le mantuvo descarriado en los períodos críticos. Tal vez a la misma causa se deba la renovación de amistades, con olvido de las que fueron propias de la adolescencia, el alejamiento del colegio, y la superación de las primeras emociones eróticas, con postergación de las personas sobre las cuales recayeron.

Tanto la mocedad como la juventud se contraponen a la adolescencia y pubertad; pero mientras la mocedad lo hace

en el sentido de acendrar la emancipación y la autoafirmación, es decir, en forma de hipertrofia del yo, la juventud acentúa la autonomía y la síntesis, o lo que es igual, la configuración de una personalidad responsable, encarada con la futura realidad.

Ya no le apremia emanciparse; se ha emancipado, y tiende a organizarse autónomamente. Toma las resoluciones sin consultar con los padres; y a menudo, en contra de su opinión. La conducta sexual está condicionada por convenciones y, a veces, por convencionalismos sociales. La preparación para la vida adulta es directa e inmediata. La inteligencia y demás habilidades se han desarrollado hasta el tope, prácticamente. Generalmente el joven se estabiliza a esta edad, eligiendo compañera. Crea una familia y comienza a ejercer una profesión. En su estado físico ha alcanzado el desarrollo pleno y no puede esperar grandes sorpresas. Por ello y por todo lo anterior, es capaz de planear con entereza y perseverancia. Ha llegado a ser *hombre*.